LA HORA

BLANQUITA POZAS
Tiple cómica.
Fot. Walken.

25 céntimos.

© Biblioteca Nacional de España

Corsetería de la Real Casa

Primera casa en el corsé a la medida
Bordados, cintas y medias finas

PRECIOS DE FÁBRICA

Manuel Gracia. – Coso, 9. – **Zaragoza**

OFICINA TÉCNICA

Heriberto Almela Navarro

Proyectos. – Presupuestos. Medición de terrenos y toda clase de trabajos relacionados con el ramo de construcción.

□

Puerta del Sol, 13, pral. dcha.

Teléfono M. 16-11.

MADRID

Anastasio Cuadrado Castillo

ESPECIALISTA
EN ENFERMEDADES
SECRETAS
Y PIEL

De once a una y de cinco a ocho

PRECIADOS, 33 PRAL.

MADRID

Anuncie usted
en
L A H O R A

El semanario
de moda

□

Examine usted nuestras combinaciones de anuncios, si quiere vender.

CLUB PARISIANA

El «cabaret» de moda. El más elegante y el más concurrido. ¿Quiere usted pasar una noche verdaderamente agradable? Vaya usted a

PARISIANA

Servicio de automóviles a una peseta en la calle de Sevilla.

© Biblioteca Nacional de España

Año I. SEMANARIO GRAFICO INDEPENDIENTE Núm. 10.

LA HORA
Dirección y Administración: Gran Vía, 18, y Caballero de Gracia, 17.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS MADRID
Gerente-fundador: MANUEL GRACIA

NOTAS DE LA LEGIÓN

EL FRAILE

HAY en mi bandera un cartagenero que cuando llegó nos aseguraba muy serio que estaba endemoniado..., «y a mucha honra», decía.

Era el primero en llegar a la trinchera y en avanzar entre los silbidos del plomo de la muerte. Y era el último en formar para misa, cuando no se escabullía con un pretexto pueril.

Yo le he visto avanzar hacia los moros a saltos, agitando el fusil y dando alaridos como un verdadero endemoniado. Una bala le partió la chapa del cinto y le tiró por el suelo. Su lamento fué una blasfemia que rajó el aire como un machetazo.

Yo le he visto salir voluntario para el blocao de la Muerte con una calentura de cuarenta grados. Y también le he visto apuntarse a reconocimiento para no ir a misa sin tener ni dolor de cabeza.

Un día dijeron que ingresaba en el tercio, de capellán, un fraile franciscano: el padre Revilla. El endemoniado tuvo un comentario canallesco.

— ¿Pa qué le queremos? — rezongó —. ¡Hombres! ¡Hombres hacen falta! Los frailes..., pa *Las Corsarias* — dijo.

Y como alguien le contestase, añadió:

— Callarse, hombres... Será un motilón gordinflote y colorado como un pimiento, que no le vamos a ver más que a la hora del rancho...

* * *

Llegó el fraile. No era motilón, ni gordinflote. Era un hombre ágil, barbudo, joven y simpático.

El endemoniado dijo: «¡Lástima de hombre!»

* * *

Una tarde se aseguró que al día siguiente íbamos a batir el cobre de firme. Cada cual hizo sus preparativos: escribir la carta a la madre, a la hermana o a la amante; dejar el dinero al capitán..

El cartagenero quiso tener una ironía y se acercó al fraile con un puñado de duros...

— Guárdeme usté eso, fraile. Como a usté no hay peligro de que le den...

— Y ¿por qué no, hijo? — respondió dulcemente el religioso —. ¿No ves que yo también voy?

— ¿Usté?... Bueno; pero irá usté atrás, con los *pipis*.

— Iré delante de ti — afirmó sonriente el padre Revilla.

Sonó como un tiro la carcajada del cartagenero.

* * *

Fuego..., un fuego asolador y constante. El tableteo de la fusilería atronaba el oído. Avanzábamos negros por la pólvora y por la ira. Los rifeños tiraban bien ocultos tras las pitas verdosas. Avanzaba mi bandera valerosamente, desesperadamente, apartando casi las balas con las manos...

Y delante de todos, el endemoniado, el cartagenero, blasfemando como siempre, dándoles quiebros a los tiros, riendo con toda la bocaza enorme y aullando como una fiera. A su lado marchaba el fraile, reprendiéndole suavemente.

— ¡Jui, fraile! ¡Ahí te va ésa! ¡Dile a San Apapucio que te haga el quite!

— ¡Adelante, hijo, adelante! ¡Dios nos guarde!

— Pero ¿qué armas llevas, frailuco? — preguntó el cartagenero al religioso.

— Esta nada más — respondió el padre Revilla, sacando de entre el pecho una cruz.

Calló el legionario.

Y juntos legionario y fraile llegaron los primeros a las trincheras moras.

Tras ellos los demás. Durante una hora el júbilo del triunfo nos enloqueció a todos. A todos menos al cartagenero, que no cesaba de mirar, sombrío y cejijunto, al fraile. Había algo siniestro en su gesto taciturno.

De pronto se levantó como un hombre que se decide, y de dos zancadas se acercó al fraile y le dijo algo rápidamente al oído. Después salió de la posición y se perdió entre las sombras que nos envolvían.

— Le ha desafiado — aseguró un legionario madrileño.

— No sería extraño — contesté.

Y más curioso o más osado que los demás, me acerqué al religioso...

— ¿Qué le ha dicho a usted el endemoniado, padre?

— Nada, hijo — me respondió el fraile —; que quiere confesarse mañana. — ANDRÉS LOBO.

© Biblioteca Nacional de España

LA HORA TEATRAL

CONTINUAMOS NAVEGANDO SIN BRÚJULA. — «BATACLÁN», O LA FORTUNA NO ACOMPAÑÓ A LOS AUDACES. — LIGEREZAS SIN IMPORTANCIA. — NUBES. — LA HORA DE LA GLORIA

En alta mar.

La nave teatral continúa navegando sin brújula, y, por tanto, sin dirección. ¡Allá va la nave!... No tenemos más noticias.

Los teatros acobijan amorosamente a los autores de cierto prestigio. Los inéditos son recibidos recelosamente... ¡Pero son recibidos! En esta elemental cortesía está el anhelo de todos los empresarios: «¡La obra, quiero una obra!», o «Mi dinero!, ¡mi dinero!» Y así vamos por alta mar, sufriendo los rigores de una travesía desdichada y borrascosa.

Allá va la nave teatral sin gobierno, sin orientación y sin mando. El gobierno casi nunca sirve para nada; el mando sirve algunas veces; pero ¡la orientación!... Hay que ir a alguna parte. Eso es lo que todavía no saben los de «a bordo»; y si lo saben, no *prenuncian;* y si *prenuncian*, no los entiende ni la... crítica, que les dispensa una apacible protección.

En Lara.

Bataclán es una comedia que pensaron escribir los Sres. Paso y Golobardas. La intención fué la que aplaudió el público. No pudo hacer lo mismo con la comedia..., porque la comedia no «fué» a Lara la noche del estreno.

El circo que los Sres. Paso y Golobardas han llevado al escenario del íntimo Lara es un circo de gabinete de trabajo... ¡Así no es el circo! Bien se conoce que los Sres. Paso y Golobardas no han hecho grandes equilibrios en el circo. Y eso que en la comedia, y a lo largo del diálogo, hay verdaderos «saltos mortales» y «piruetas». Pero tampoco son de circo. El circo no es eso.

No podemos resistir a la tentación de evocar *La Fuerza Bruta* y *Los Cachorros*, del mágico Benavente. Allí, en *La Fuerza Bruta*, hay ternura, emoción, calor de vida..., realidad. En *Los Cachorros*, el ambiente del circo está vigorosamente trazado. Una sola palabra del viejo payaso basta para estremecer al más exigente de los espectadores. Aquella narración que hacen en *Los Cachorros* del león viejo, agotado, deshecho, vale por toda la comedia de los Sres. Paso y Golobardas. Claro que todavía hay distancias, y de Benavente a los Sres. Paso y Golobardas hay la misma distancia que del circo de la plaza del Rey al de *Bataclán*.

El original de la comedia que nos ocupa es inglés, y el *Bataclán* original alcanzó un éxito clamoroso porque la falta de emoción y de interés la suplieron los empresarios ingleses con la visualidad. Los tres actos se desarrollaban en el circo, y uno de ellos en la misma pista, con caballos auténticos que saltaban obstáculos...

El *Bataclán* de Lara no tiene esa visualidad, y como tampoco hay ambiente, la fortuna no acompañó a los Sres. Paso y Golobardas en su audacia de traernos una obra inglesa a la Corredera Baja, expuestos a los peligros del viaje, al retraso de los trenes..., al cambio de aires..., etc.

Bataclán fué aplaudido cortésmente.

El público del teatro del Sr. Yáñez esta muy bien educado y tiene las entrañas hechas de suavidades de ternura.

Simó Raso (Bataclán) es un actor inspiradísimo y tal vez de los actores españoles que más dominio tiene del gesto.

La señora Alba (asilo de autores vacilantes) es domadora de pavos, en *Bataclán*. Tan naturalmente graciosa estuvo, que por un momento sospechamos que la obra iba toda derecha al éxito. Pero no fué nada más que una sospecha.

Carmen Jiménez es una actriz un poco dura de gesto y de ademán.

Fernando Delgado, un actor joven que tiene un asombroso temperamento de comediante, en un personaje episódico nos gustó mucho.

La niña Alenza es *toda una mujer*, y una mujer que será actriz.

La empresa tuvo muchos escrúpulos y esmeros, presentándo *Bataclán* con mucho detalle.

En el Cómico y en la Latina.

Estrenillos, ligerezas sin importancia.

La Costilla del prójimo, en el Cómico, original de Ramos Martín. Un sainete sin pretensiones, pero con Loreto y Chicote y con un público deliciosamente risueño.

En la Latina, una especie de *m'alegro verte güeno*, con este sugestivo título: *De los cuarenta p'arriba*...

Don José María Granada y el maestro Rosillo, autores de *eso*, pusieron una *sana* intención en el estreno. Después del estreno; la intención... perdió la salud y se puso a la muerte.

La música del Sr. Rosillo es muy superior al libro del Sr. Granada. Es un libro... de lance.

Estrenos próximos.

Son las nubes que nos amenazan. Nubes que lo mismo pueden descargar en un horrible pedrisco que deshacerse en caprichosas figuras de lana... Si pudiera ser lana dulce, mejor.

En el caso presente, las nubes son de pedrisco.

Explicación: en Apolo estrenarán una comedia lírica en tres actos, original del Sr. F. del Villar, titulada *La Diablesa*.

Es el regalo de Pascuas que hace el Sr. Vila al señor Villar.

¡Juegos inocentes!

El Sr. Villar también estrenará en el Rey Alfonso (hoy palacio de las Thuillerías u hostería del Laurel) otra comedia sin música (la música la pondrá el público) titulada *Inmaculada*. El título promete mucho, pero también prometió el Sr. Villar no hacer más *diabluras*, y continúa haciéndolas.

Para estos estrenos es imprescindible, bien el paraguas, bien el impermeable... o la ametralladora.

Ya verán ustedes cómo el Sr. Villar no acierta tampoco esta vez. No «da» una ni por carambola. ¡Está hecho un taco!

MANUEL LÓPEZ-MARÍN.

© Biblioteca Nacional de España

LOS INFELICES MADRILEÑOS

Al Monte no se puede ir nada más que por leña

Un amigo mío tenía un gabán con un forro de semiseda que relampagueaba. Pero los bolsillos del gabán de mi amigo, por solidaridad con los del chaleco, estaban vacíos más tiempo del que la nutrición y el buen vivir reglamentan. Y mi amigo pensó que entre morir en cualquier quicio o dar quiebros a cuerpo limpio a las pulmonías, lo segundo era más digno de atención. Y cogiendo el gabán se dirigió a una casa de préstamos, digo, de «compraventa mercantil».

— Vengo a empeñar esto...

— No puede ser.

— ¿Cómo? Digo, no como...

— No, señor, no empeñamos; compramos y vendemos.

— ¡Ah!...

— Sí, señor. Usted nos deja el gabán. Nosotros le damos dos duros y este boleto. Usted vuelve antes de tres meses con cuatro duros, nos los da, y se lleva el abrigo.

— Y si vengo con la Guardia Civil, ¿qué pasa?

— No pasa nada. Nosotros le *compramos* a usted el gabán, y dentro de tres meses se lo *vendemos*. Es una sencilla experiencia.

— Pues esas experiencias las hace usted con una gallina. ¡Vaya, buenas noches!

Y mi amigo, echándose el gabán sobre los hombros, se le llevó al Monte.

— ¡Buenas noches! Vengo a empeñar esta prenda.

— ¿Tié usted chapa? — le preguntó el portero.

— Creo que sí.

— A verla.

— ¿Cómo que a verla?

— Natural, señor; nos ha fastidiao — le chilló —. Tién que darle a usté una chapa — ¡rediez! —, y luego la cambia por un cartón. Con ese cartón le dan a usted un boleto - ¡canastos! —, y con el boleto se acerca usté a aquella ventanilla pa que le den un número, que va a ser el 157

— ¡remoño!

— ¡Más bajo, portero!

— ¡Haber venío antes! Si fuese a relatar todo lo que vió mi amigo, no digo que acabaría siendo un Tostado, pero un medio Tostado, sin duda. Vió que las amistades de los porteros tenían facilidades para *saltarse* la cola. Vió que la amabilidad de los empleados — con velocísimas excepciones — era, más que un mito, un mitón de los anchos. Vió que los tasadores daban seis reales por prendas que, tasadas por Neptuno, valdrían quince o veinte pesetas. Vió que rechazaban todo lo que no estuviese absolutamente nuevo o fuese de extraordinario valor. Y, en relación con esto, vió que las alegorías del Trabajo, la Caridad y el Amor al prójimo que *orlan* las paredes de la casona, estaban haciendo el más desairado de los ridículos...

Al salir, se paró frente a la broncínea estatua del fundador del Monte y leyó muy despacio la inscripción, según la cual el buen sacerdote se proponía crear un establecimiento que significase amor y caridad para el pobre, para el desvalido, para esos pobres y esos desvalidos que tienen casa, y criada, y gramófono, y que son los más pobres y más desvalidos de Madrid.

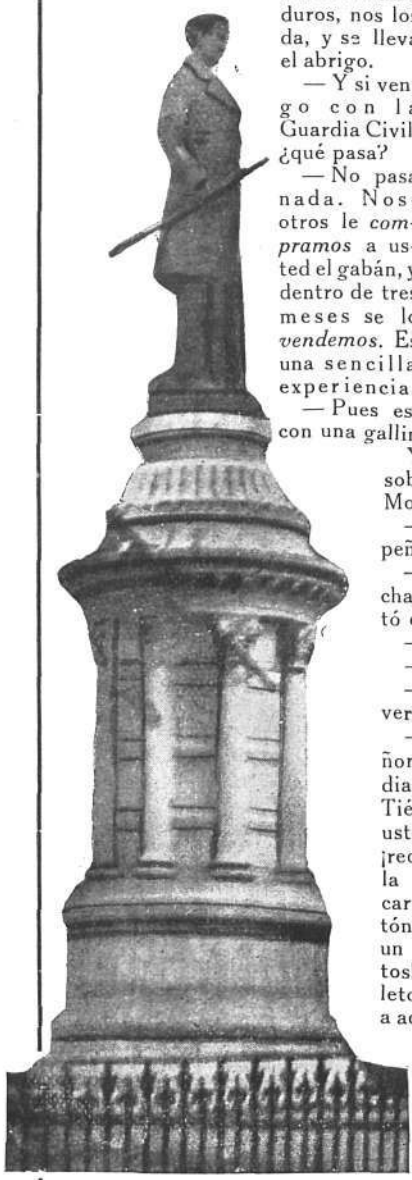
Y después de leer despacio estos propósitos del pío fundador, se subió el cuello de la americana, se metió las manos en los bolsillos y, mirando a la estatua, exclamó sin ningún respeto, pero muy convencido:

— ¡Que te creías eso!...

Y se fué a ver *La prisa* con bastante tiempo, porque eran las diez y unos minutos.

Y en otra ocasión que se vió en un apuro económico, en lugar de perder el tiempo yendo al Monte, del que tan *gratos* recuerdos conservaba, se *echó al camino*, y esto le salió más cómodo, y, sobre todo, menos expuesto y bastante más sano..

Ved aquí la fachada de ese Centro, tan propicio a los chamarileros y a los negociantes, que se llama Monte de Piedad.



No responde la realidad a la piadosa intención del fundador del Monte.

Fotografía obtenida a la salida del Monte. La pareja acababa de empeñar unas ropitas nuevas del niño, por las que recibieron generosamente... ¡seis reales!

(Fots. Almazán.)

El gesto pensativo de la estatua nos hace suponer que se ha dado cuenta de su error.

© Biblioteca Nacional de España

AFRODISIO APARICIO

Los caballeros del arroyo.

Es corriente, en festivales artísticos o literarios, que intervengan las salas de armas de la Corte. Juegan — en este noble juego de la esgrima, tan lejano siempre de la fanfarria matonesca – los más afamados profesores. Luego, igualándolos ante sí, permiten a sus discípulos predilectos que muestren su arte y destreza.

Don Afrodisio Aparicio, el popular Afrodisio, presenta siempre con orgullo sus discípulos de los asilos municipales. Estos asaltos obtienen éxito extraordinario.

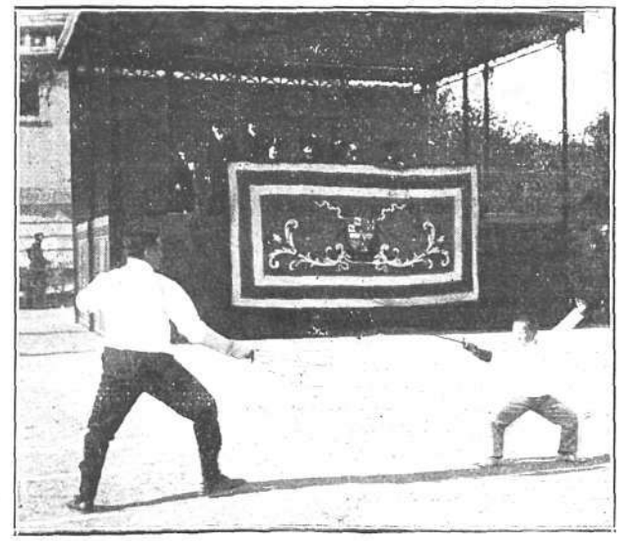
El ejercicio de las armas, en el que intervienen por igual la intrepidez, el valor y el arte, no ayunta jamás con lo plebeyo. Exige, en los que a él se dedican, finura de espíritu, elevación de pensamiento, educación depurada. Y el núcleo de discípulos de Afrodisio a que nos referimos son los acogidos en el madrileñísimo Colegio de San Ildefonso, niños huérfanos, pobres, cuyas familias carecen de medios económicos para sostenerlos y educarlos. Son también acogidos del Asilo de la Paloma, también municipal, recogidos muchos de ellos del arroyo, sin familia conocida, cuando les atisbaba, pronta a hacerlos presa, la Implacable, o quizás cuando ya habían iniciado su aprendizaje en las libres aulas del vicio... Y en la sala de armas, despojados de su uniforme de asilados — etiqueta con que la caridad oficial y privada muestra su tacañería y su vanidad —, se confunden con el aristócrata de la sangre, con el capitalista, con el hombre dedicado a la especulación del pensamiento, que hallan en el juego de las armas deleite y descanso espiritual...

Bajo su bizarra apariencia de mosquetero esconde Afrodisio un corazón de padre y un alma de niño.

Son éstos los *caballeros del arroyo*, orden de que es fundador, según feliz frase de Répide, el maestro Afrodisio

De discípulos de la hamponería a maestros de caballerosidad.

Estos desheredados de la fortuna, protegidos por la beneficencia municipal, no sólo aprenden el ejercicio de las armas para adquirir destreza, hábitos caballerescos y favorecer su desarrollo físico. Esto, por sí, ya significaría una acción social meritoria. Que nada hay tan transcendental como poner a los humildes en trance de igualarse por la educación a los poderosos, y, sobre todo, de igualarlos por el disfrute de lo selecto. Más envidia el niño pobre los juguetes del rico, que su cama muelle y su mesa bien provista.



Ante la augusta presencia de los Reyes, el maestro Aparicio da el espaldarazo de caballeros a los hijos del arroyo.

Pero en este caso, la obra de Afrodisio es más completa. Les enseña un arte, les infunde un espíritu caballeresco. Estos niños que Afrodisio educa con su brazo, al abandonar las preferencias por las armas blancas cortas y conocer los secretos del más bello e hidalgo uso de las armas largas, al hacerse dueños de las prácticas elegantes de la esgrima, adquieren algo más elevado y selecto: el arte de enseñar a los demás, de ser maestros en los juegos de armas y en las lizas del honor.

Estos menesterosos, a los que el porvenir se les presentaba brumoso, por obra y gracia de Afrodisio, cambian sus hábitos plebeyos por otros de hidalguía y caballerosidad.

Los nuevos maestros de armas.

Afrodisio ha convertido ya a varios asilados en profesores de armas. Estos nuevos profesores se llaman: Juan de Mata, Luis González, Antonio Rivero, Manuel Heredero, Antonio del Alamo, Nicolás González, Isidro Samper y Enrique Catalán. Y ejercen su noble profesión en los Casinos militares de Granada, Tetuán, Canarias, Vitoria, Badajoz, Palma de Mallorca, Larache y Ceuta.

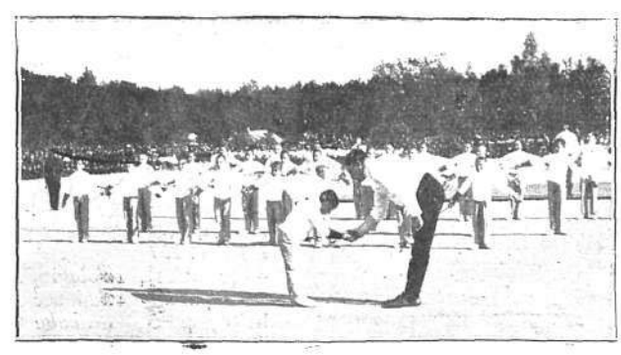
Estos muchachos abandonan el asilo para empezar su nueva vida en las siguientes condiciones:

Ingresan voluntarios en el Ejército, siendo destinados como ayudantes de los profesores de esgrima. Obtienen, a más de su rebaje de rancho, una gratificación de 2.000 pesetas al año, más 40 mensuales para casa. Un total, al mes, de unos cincuenta duros. Dan clase, dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, teniendo libertad para dar lecciones, en las horas libres, en Corporaciones y a particulares.

Profesores de héroes.

Varios de estos nuevos maestros de armas ejercen su profesión en Marruecos. ¿Qué savia, qué arte, qué energías no habrán adquirido en la sala de armas, para poder actuar brillantemente como profesores de los héroes que en Africa cumplen con el mandato de nuestros Gobiernos, sirviendo sin estímulo, acaso sin participar de ellas, ideas de expansión colonial?

Muy elegante y noble es siempre la profesión del maestro de armas; pero cuando se ejerce del modo como lo hace Afrodisio, adquiere más depurados y excelsos valores.



Ese hidalgo saludo del maestro al chiquillo es el paso final del golfo desamparado al hombre fuerte y digno.

© Biblioteca Nacional de España

NOTAS GRÁFICAS DEL EXTRANJERO

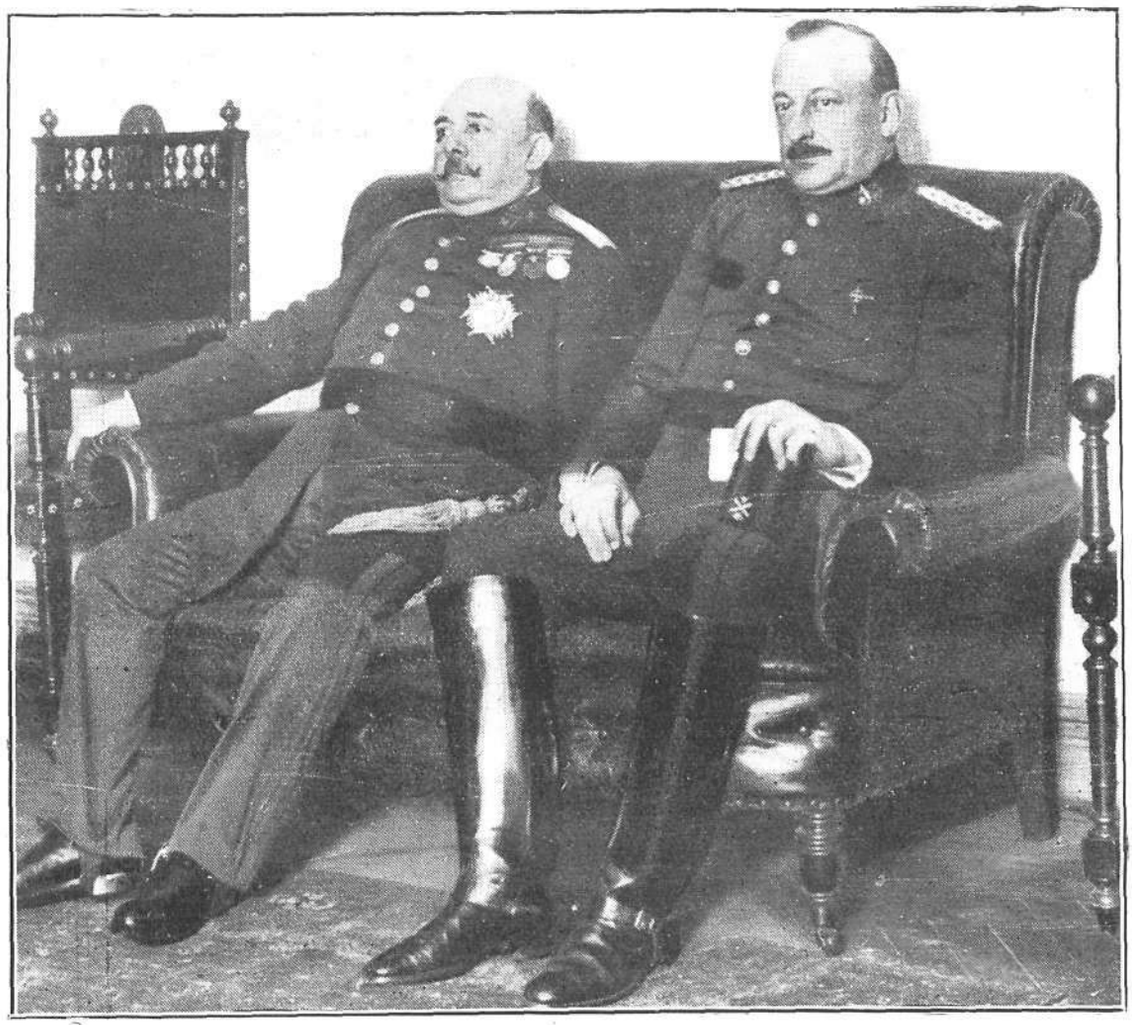
El Presidente de la República china, Hsu Shik Chang, hablando con el hijo del multimillonario Rockefeller, que acaba de regalar una Escuela de Medicina al Celeste Imperio.

La primera vez que se presentan juntos en público la Princesa Mary, hija de los Reyes de Inglaterra, y lord Lascelles, su prometido.

(Fots. Vidal.)

© Biblioteca Nacional de España

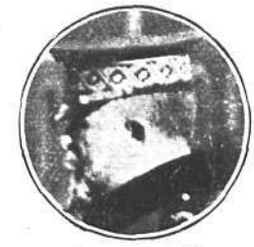
EL ARROGANTE GESTO DE UN PATRICIO



El nuevo capitán general de Madrid con el senador D. Miguel Primo de Rivera, al darle éste posesión de su cargo.

Don Joaquín Sánchez de Toca, presidente del Senado, a quien se achacan decididos propósitos de hacer respetar la inmunidad parlamentaria.

En la Alta Cámara se pronunció hace unas tardes contra nuestra acción en Marruecos el senador D. Miguel Primo de Rivera. Una política bélica representada por el Sr. Cierva le dió la respuesta en la *Gaceta* destituyéndole de su cargo militar. La opinión civil entera y gran parte de la militar han visto con simpatía esta firme convicción del nobilísimo patricio, que sabe llegar al heroísmo como defensor de su patria y al sacrificio como ciudadano.



Don Juan de la Cierva, ministro de la Guerra, que ha contestado desde la Gaceta de Madrid *al senador D. Miguel Primo de Rivera.*

Tal vez una de estas visiones siniestras hizo germinar en el corazón del caudillo patriota la idea de nuestro alejamiento del inmenso cementerio del Rif.

© Biblioteca Nacional de España

IMITACIÓN DE ESTILO

MI AMIGO RASUNKOFF, EL PRÍNCIPE MENDIGO

Las tres reliquias. — Sobrino de Rasputin. — En Constantinopla. Cómo murió el pálido poeta.

Sólo en el mundo quedan tres trocitos del madero en que crucificaron al divino Jesús. Uno lo tiene Waltzhx Boxch, el multimillonario yanqui, poseedor de la colección más curiosa de monedas antiguas. Otro pertenece a Vilperini, el amigo inseparable de D'Annuzio. Y el otro lo guarda un vagabundo, con el que tropecé un día en el puente de Galata, en el que tuve el orgullo de ver asesinar a mi abuelo.

* * *

Ese vagabundo de quien os hablo tiene toda la altivez de un rey oriental. Es un tirano bajo el aspecto de mendigo. Si Gorki le hubiese conocido, la literatura rusa se habría enriquecido con unas páginas definitivas. No ha trabajado nunca. Vive a costa de los demás; pero es digno siempre.

A mí me pidió que le convidase a cenar. Nos hundimos en una taberna obscura y patibulario del barrio judío de Londres, e hizo que buscasen champán para regar su estómago harto de alimento. Cuando pagué y nos despedimos, al darme la mano, me hizo la siguiente advertencia:

— Le hago a usted el honor de que estreche esta mano que ha abofeteado a cien príncipes, y que ha hecho que desfallezcan de amor con sus caricias a las doncellas más bellas de la corte de San Petersburgo.

* * *

Este fantasma de los barrios apartados de las ciudades turcas, se llama Rasunkoff. Es una figura de la Rusia anterior a la revolución. Es sobrino de Rasputin, el monje que movía los muñecos de la corte del Zar. Fué a presidio. Protegió a músicos y pintores, y el deseo de conocer emociones fuertes le hizo comer corazón de niño.

Este hombre extraño, que no hubiese dudado en mandar fusilar a cuatro inocentes por proporcionarse el placer de verlos sufrir, tenía una sensibilidad exquisita para el arte. Yo le vi un día llorar escuchando la *Séptima sinfonía*, de Beethoven. Poseía la teoría de la selección de la raza por medios brutales.

— No hay nada tan confortable como matar a un hijo idiota de un puntapié en el vientre — me declaró un día.

En cierta ocasión, en la época fastuosa en que tiraba el oro, se le acercó un pálido poeta florentino a pedirle protección. Antes de leerle nada original, se permitió formular algunos juicios literarios.

— ¿Y usted, qué piensa de George Sand? — le preguntó Rasunkoff.

El adolescente hizo un fervoroso elogio de la querida de Musset. Entonces Rasunkoff, rojo de ira, le atenazó el cuello y oprimió con sádica alegría, hasta que vió huir la vida de aquel débil cuerpo. Una vez cumplido con este deber de conciencia, se durmió como un santo.

* * *

Rasunkoff no trabaja porque piensa hacerse millonario con la venta de su tesoro. Yo os contaría de qué singular manera cayó éste en sus manos; pero temo que os horroricéis... — PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA.

Por la imitación.

LUIS E. DE ALDECOA.

El tinglado farandulero

¿No les decía a ustedes?... ¡Ya se armó! Apenas se me ocurrió iniciar la ideica de contarles lo que es la farsa teatral por dentro, *comenzaron a* escuchar mis oídos *disimuladas protestas y* leyeron mis ojos *las primeras amenazas encubiertas en forma de anónimo. Dos horas habían transcurrido desde la salida de nuestro número pasado, cuando me fué entregado por la doméstica el siguiente anónimo:*

«Sr. D. Enrique G. Rubiales.

»Distinguido amigo: He leído su artículo publicado en LA HORA *con el título de «El tinglado farandulero», y no puedo menos de expresarle mi disgusto. Creo sinceramente debe usted abandonar el camino que intenta seguir, pues me parece muy escabroso.*

»Como amigo que soy de usted, me atrevo a decirle mi parecer franco, para evitarle sinsabores. — UN AMIGO.*»*

¡Gracias, muchas gracias, mi querido amigo, *por el consejo! Que voy a tener algún que otro disgustillo, me consta; pero no creo que sea ello fundamento para que yo abandone la ruta marcada de antemano.*

Y manos a la obra... Pues, señor: para que estas croniquillas tengan alguna relación entre sí y puedan ser de algún interés, háseme ocurrido enlazarlas íntimamente y darles forma de un pequeño Catecismo farandulero. Y hecha esta advertencia, vamos a empezar por

LOS PECADOS CAPITALES EN EL TEATRO

Ahora bien: como a mí me gusta llevarle la contraria a la rutina, *en vez de comenzar por la* soberbia, *primero de estos pecados, según el P. Ripalda, yo comenzaré por*

LA ENVIDIA

«El corazón humano es una especie de cajón de sastre, en el que tienen cabida los más encontrados sentimientos y pasiones: desde el odio sórdido hasta el amor materno y la tintura de digital...»

Entre estas pasiones se distingue por su ímpetu «la envidia».

Desgraciadamente, donde más estragos hace la envidia es entre bastidores.

En los teatros se habla de todo y por todo. ¿Que una artista tiene un padre rollizo y joven, hasta cierto punto?... ¡Pues, no es su padre!... Es... ¡su amante!... ¿Que otra muchacha de buen corazón tiene la debilidad de prestar a alguna compañera un traje para la escena, o una piel para la calle?... Pues, irremisiblemente, las demás le cortarán otro traje a la medida.

Cuando es una pobrecita sin pretensiones, sacan sus defectos a relucir, cuando no su pobreza, para que todos se rían de que mueve el brazo derecho con la palma de la mano hacia arriba, o se burlen de que sólo tiene un par de mallas de algodón... *Y cuando se habla de una artista de algún mérito, si no tiene defectos,* los inventan, *y lo menos que dicen es que tiene más años que la* cuesta de la Vega.

Pues ¿y entre los autores que no lo son?... No hace mucho oí en una reunión de pelagatos, una discusión sobre la paternidad de La Alcaldesa de Hontanares, *y no faltaba quien asegurase que dicha obra la escribió Rincón, y que Montesinos no había hecho más que ponerle las cubiertas.*

Y basta por hoy. En conciencia, todos debemos tener un poquito de caridad y prescindir de la envidia para emitir juicios, pues, de lo contrario, el público se desorientará, y acabará por creer que el maestro Bretón tiene la vida asegurada por nuestros justos gobernantes, *o que* Chimenea, *el crítico de* La Tribuna Artística, *sabe lo que dice...* — ENRIQUE G. RUBIALES.

EL ÚLTIMO ESCÁNDALO

ARDIDES DEL JUEGO SON

Hemos presenciado un caso que basta para dar una exacta idea de «la justicia que mandan hacer». Dicho caso, sin adornos ni literatura, es el siguiente:

El sábado fueron detenidos en Tetuán de las Victorias unos ciudadanos por el delito de «poner banca», sin trucos ni trampas, sino una banca tan decente y tan digna como la del Ideal Rosales, la del Turo Park y similares. Dichos ciudadanos, amarrados ni más ni menos que si fuesen los asesinos de la *Blanca* o de las ancianas de Madrid Moderno — esto por no mentar a Casanella —, fueron conducidos a la Dirección de Seguridad, y una vez registrados, le sacaron del bolsillo 15.000 pesetas a uno de ellos, conocido industrial de esta corte.

Claro es que, como ciudadanos, protestamos de esto que consideramos un atropello y una arbitrariedad. Si hubiesen cogido ese dinero sobre el tapete verde, menos mal, aunque tampoco sería justo; pero arrebatárselo del bolsillo a un detenido nos parece un abuso incalificable.

Pero, con ser esto grave, no lo es tanto como el hecho de perseguir en las afueras de Madrid lo que en el centro de Madrid se tolera. ¿Por qué perseguir tan sañudamente una modestísima timba tetuaní, mientras se cosienten esas timbazas con mujeres-ganchos, treinta y cuarenta y *baccarat*, a todo meter, en el Burgalés, en el Manchego, en el Turo Park y en el Ideal Rosales? ¿Por qué pasear amarrados por Madrid a unos tahures aficionados y no conducir codo con codo a los contratistas profesionales? ¿De quién parte ese criterio absurdo que pone categorías al delito? Para nosotros, es más miserable y más digno de desprecio y de sanción el tahur profesional que explota la juventud, casi la niñez de las mujeres en provecho de su tapete verde y de su oronda panza, que el infeliz que pone banca con los ahorros de un mes.

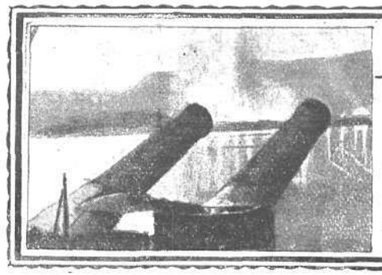
Y en este sentido no ha de cejar nuestra campaña, hasta que veamos amarrados codo con codo, por delincuentes, a los tahures del Ideal Rosales, del Turo Park, del Casino de Autores, del Burgalés y demás timbas enclavadas en el corazón de Madrid, para vergüenza de autoridades tolerantes y perdición de mujercitas y deshonra de tantos y tantos hogares. El Sr. Millán de Priego, que se dice guiado por la más escrupulosa rectitud, debe dar oídos a nuestra campaña, porque los abusos y las infamias del juego en Madrid están llegando a lo inconcebible.

Continúan entrando los menores en las salas de juego; las mujercitas — pese a las prohibiciones — siguen actuando de ganchos. En la mayoría de estas chirlatas — ya iremos mencionándolas — no existe la cantidad de pesetas que debe existir en caja, por lo cual, lo que debiera ser juego de azar, se convierte en la más canallesca de las estafas. Hay barajas incompletas, hay *paquetes*, hay ruletas descentradas, hay que hablar mucho...

* * *

Y como el asunto es complejo, tan complejo como vergonzoso, hacemos punto aquí, para ir descubriendo poco a poco todas las infamias de estos burdeles tolerados, verdaderos centros de deshonra y de crimen, a los que, por lo visto, no alcanzan las máximas severas del Código penal, ni la vista enturbiada de las autoridades.

© Biblioteca Nacional de España

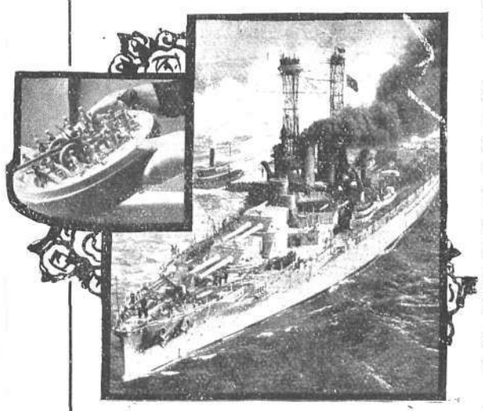


La hora internacional

¡Abajo las armas!

CONSERVO el recuerdo de que, siendo niño, vi en un periódico ilustrado, con ocasión de otro frustrado proyecto de desarme, una caricatura que me interesó extraordinariamente.

En torno a una mesa se agrupaban las naciones — el Tío Sam, John Bull, un chulillo español, Mariana... — para hablar de desarme, pero todos se presentaban a la reunión armados hasta los dientes; y digo hasta los dientes, porque, si mal no recuerdo, un gaucho argentino llevaba un tremendo cuchillo en la boca.



Quiere Harding dejar como recuerdo de la fastuosa marina de guerra sólo unos cañones y unos soldaditos de plomo...

Así todos, con grandes y relucientes sables, con gruesos cañones, con pistolones atemorizantes, se presentaban, como hoy, hace años, para hablar de una virgiliana paz universal.

El helicón de Harding, al llamar a las naciones hoy, como el bíblico ángel del juicio final, pretende además que su sonido sea más fuerte que el estruendo de los cañones...

Pero nosotros creemos que sus sonidos no tendrán eco en los oídos de las naciones, porque les preocupe más el ruido del sable que arrastran.

Ese es nuestro temor y nuestro recelo ante la sonrisa optimista del Presidente de los Estados Unidos.

Su proyecto es hermoso y consolador; pero va en contra de la marcha del mundo, que, a pesar de ser viejo, no se resigna a colgar la espada y a guardar la coraza en el armario.

Quiere Harding dejar como recuerdo de la fastuosa marina de guerra sólo unos cañones, unos marinos de plomo y unos acorazados de corcho para distraer a los niños, a esos niños que al vestirse de marineros empiezan a añorar los formidables cañones de los *superdreadnoughts*.

Quiere borrarlo todo, dejar de construir armas mortíferas, desde los acorazados, gigantescas montañas de acero, hasta las balas de los terribles cañones, tan grandes como hombres.

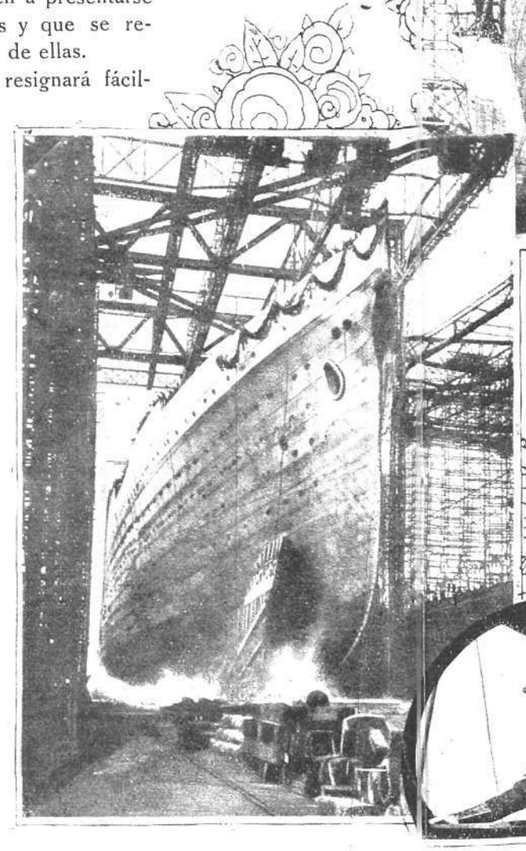
Abandonarlo todo, o con su acero, construir arados y tractores, grúas y maquinarias, y envolver al mundo en una rosada era de paz y de trabajo.

Pero he aquí, que las naciones vuelven a presentarse cargadas de armas y que se resisten a despojarse de ellas.

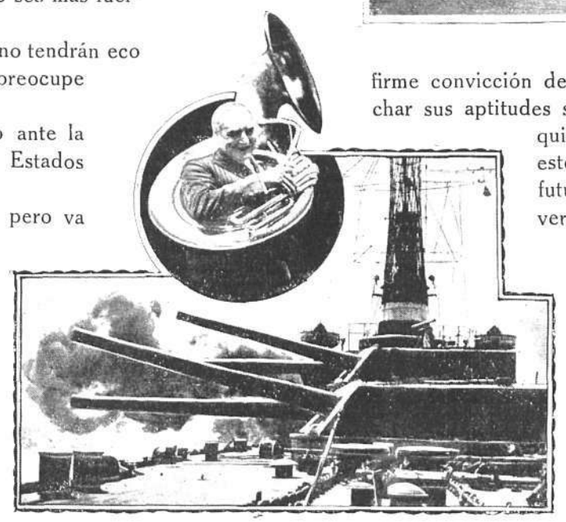
Jorge V no se resignará fácilmente a abandonar en los astilleros los barcos invencibles que fabrica, y ya reclama para sí, por razones topográficas, la hegemonía de los mares, y, como Francia, tiene aún ante sí el fantasma redivivo de Alemania.

Todos ofrecen tirar sus armas; pero ninguno es el primero, y los demás esperan, desconfiados y socarrones.

Por eso recelamos ante la sonrisa optimista del Presidente con la firme convicción de que sabrá aprovechar sus aptitudes sinfónicas para desquitarse del fracaso de este solo en cualquier futuro jazz-band universal.



Jorge V no se resignará fácilmente a abandonar en los astilleros los barcos invencibles...



El helicón de Harding al llamar a las naciones...

* * *

A propósito no hemos querido hablar hasta el final de la actitud del Japón ante la evangélica invitación de Harding. El Japón escucha, dibujando en sus delgados labios lívidos una sonrisa irónica. El Japón escucha, amarillo y sagaz. Escucha y oye los argumentos de Briand, la lógica de George, los alegatos de Harding. Escucha, oye y reflexiona...

De vez en cuando, mientras el representante portugués se sumerge en una pomposa sintáxis demostrativa de que «a sua nación non pode deixar o terribel armamento espanto dos mundos», el Japón sueña. Y sueña con ese fantasma que en Europa llamamos el peligro amarillo y que va acercándose lentamente...

* * *

Dicursos, tratados, acuerdos y alianzas... La Gran Guerra ha demostrado la puerilidad y la ineficacia de estas grandes cosas.

Y ha demostrado también, que cuando la ambición o la ira muerden el corazón de los amos de los pueblos, las alianzas, los acuerdos, los tratados y los discursos son debilísimos diques sin importancia.

Y el caballo de Atila, encabritándose, saltará una vez más sobre la Razón y la Justicia.

¡Abajo las armas! ¿Para qué? Si las peores armas las llevan los hombres ocultas en el corazón y en el instinto.

Arrancad el rencor, y la envidia, y el odio, y el sentimiento de venganza del corazón de los niños y dadles después cuantas armas queráis. Que un arma terrible en manos de un hombre bueno es menos dañina que un ramo de olivo en las manos de un mal hombre.

* * *

... hasta las balas de los terribles cañones, tan grandes como hombres...

Vamos a suponer que se han convertido en arados, en grúas y en toda clase de máquinas los cañones, los sables y las balas. Supongamos que por quitarle todo lo que pueda tener punta, le han quitado al hombre hasta el ingenio.

Bien. ¿Y qué?

EL DESARME NAVAL EN MADRID.

Durante algún tiempo, muy poco, la novedad, la moda, nos encantarían. Alguno se encargaría de lanzar el gruñido inicial que arrastraría las disputas; vendrían luego las imprecaciones, las amenazas más tarde, y, finalmente, nos acometeríamos a mordiscos y puñadas, a pedradas y salivazos...

Y tornarían las guerras tan bárbaras y tan crueles como ahora, porque lo cruel y lo bárbaro en la guerra no son las balas dumdum, ni los gases asfixiantes, ni siquiera esos feroces tridentes chinos con arpones como banderillas; lo bárbaro y lo cruel de las guerras es el hombre matando al hombre, el hermano manchándose la frente en la sangre del hermano.

... a esos niños que al vestirse de marineros empiezan a añorar los formidables cañones de los superdreadnoughts...

Y ello es consecuencia de nuestra moral. Por tanto, mientras haya dos hombres en el mundo, las contiendas serán inevitables, absolutamente inevitables.

Asambleas, conciertos y tratados quedarán convertidos en papeles sin importancia cuando a un jefe de Estado se le antoje un pedazo de tierra del vecino para cazar canguros.

Y el pacifista Harding, al tocar el helicón simbólico, nos parece que está tocando el violón.

¿Quién desterraría la murmuración mientras alentasen dos mujeres?

¡Pues exactamente igual es el problema que se debate en Wáshington!

© Biblioteca Nacional de España

AUTOBUSEANDO

Madrid contará en breve con un amplio servicio de autobuses. Como París, como Londres, como Berlín... Mejor dicho: el Ayuntamiento ha acordado conceder la autorización solicitada para establecer tan importante servicio, aprobando, al efecto, unas tarifas. Pero esta concesión no asegura el funcionamiento de los dichos autobuses. Nos explicaremos.

* * *

José García — es un ejemplo —, agente de negocios, corredor de granos o rematador de subastas, lee un día que un Ayuntamiento cualquiera ha decidido sacar a concurso la concesión del servicio de autobuses.

García se entera de las bases. Hace números hasta adquirir la seguridad de que es un buen negocio. Y presenta una proposición.

García no tiene dinero. Pero esto — en nuestro ejemplo — no es un obstáculo, porque nada le exige el Ayuntamiento. Más tarde, al pedirle garantías financieras, García afirmará muy serio que le conocen mucho en el Banco Tal, en el Monte de Piedad y en la *tasca* de la calle en que vive... Los concejales aceptan estas referencias. Y le hacen la concesión.

* * *

Este es nuestro caso. Un señor, entendido en negocios, ha conseguido, sin otras garantías que las personales, la concesión para establecer el servicio de autobuses. No ha arriesgado capital, ni crédito profesional o técnico. Ahora puede negociar la concesión, constituir una Sociedad, capitalizar, en fin, su aptitud para los negocios.

Si lo logra, Madrid tendrá autobuses. Si fracasara el concesionario, este señor no habrá perdido nada.

Unicamente habrá padecido la seriedad municipal.

* * *

Pero — se preguntará el lector — ¿cómo puede abrirse un concurso tan importante, y hasta adjudicarse, sin exigir garantías financieras para impedir un fracaso o una especulación? Pues, por eso. Son cosas de nuestro Municipio.

Lo más probable es que este señor encuentre dinero, constituya la Sociedad y funcionen los autobuses. Pero de hacer las cosas bien a hacerlas mal media un abismo. El Ayuntamiento de Madrid sabe esto por triste experiencia, pues algo parecido ocurrió con la construcción de la Gran Vía. Y ello es causa de que todavía no esté construído sino el primer trozo. Y de que el vecindario haya pagado unos millones que no debió pagar. ¿Ocurrirá lo mismo con el servicio de autobuses?

* * *

En la sesión en que se trató de este asunto se hicieron afirmaciones gravísimas.

Una, por todos, por los defensores del negocio y por los adversarios: la de que el concesionario no ofrecía garantías financieras.

Otra, por un orador, respecto de uno de los técnicos municipales que han informado favorablemente la concesión. Dijo este edil que había mucho que hablar acerca del valor de este informe.

¿Qué quería decir este concejal?

Nosotros lo diremos. Esto: que uno de los técnicos lo es en Madrid de la Casa Schneider y Compañía, de quien se adquirirán los autobuses, por ser ésta la Casa elegida si se constituye la Sociedad que haya de explotar el servicio... ¡Y viva la moralidad!

* * *

No somos — ¡ni Dios lo quiera! — mauristas; pero reconocemos que casi todos los votos que se opusieron a este negocio fueron de mauristas.

Y que, en cambio, le aprobaron, colaborando eficazmente con el *bloque*, los socialistas.

Con gran complacencia, por cierto, del Sr. Alvarez Herrero, que se dice técnico en los asuntos de automovilismo, por ser *chauffeur*.

Inocentemente, por parte del Sr. Cordero, que es una fiera... inocente. ¡Cómo reirá Alvarez Herrero!

¡Y, sobre todo, cómo reirán los del *bloque*, tan combatidos, en asuntos sin importancia, por los socialistas!

El Alcalde de Zalamea.

La primera ternura

En la guerra sólo sabe triunfar uno: el dolor. El dolor para todos.

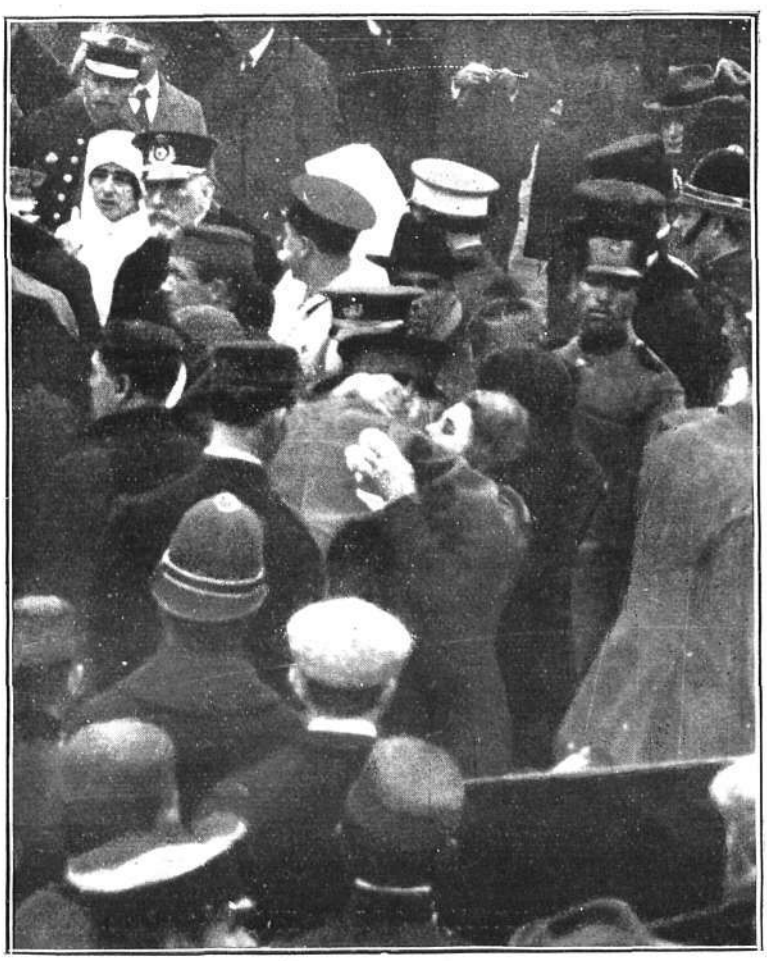
El soldado tiene pocas ocasiones de ternura y poco tiempo para enternecerse, porque el recuerdo asalta cuando las horas pasan mansamente sobre nosotros. En horas angustiosas y de peligros no hay más que una evocación: la muerte. Cuando se cae es cuando asoma en los labios la palabra «¡Madre!»

Por eso, hasta que el soldado regresa de la guerra, no recibe la primera ternura, que es el beso de la madre.

Es un beso húmedo y amargo. Tiemblan las piernas, y la voz también tiene temblores de emoción. Las manos, crispadas, hablan, porque la voz nada puede decir, y desventurado de aquel que no comprenda el lenguaje de las manos...

Las manos del enfermo, del enamorado, del marido, del padre.. Todas tienen un lenguaje que conocen solamente los que saben sentir.

En la fotografía que acompaña a estas líneas, una madre recibe al hijo



soldado que regresa de la guerra. Alrededor de ese grupo la emoción sobrecoge a todos, porque todos tenemos madre y todos la hemos visto llorar alguna vez...

Y ya que la madre es la expresión suprema de la ternura de los hombres — de los hombres bien nacidos —, esa ternura es la que antes comprendemos y más certeramente nos llega al corazón.

Escenas de esta índole hemos de presenciar todos los días y durante mucho tiempo. Y aunque no las presenciemos, es igual: la guerra nos deja una triste herencia de lágrimas y de recuerdos. Y en fuerza de tanta miserable desdicha, llegamos a veces a pasar ante el dolor en la indiferencia.

En la indiferencia cuando no se trata del beso de una madre al hijo soldado que viene de la guerra.

Lea usted el 1 de enero el número extraordinario que publicará

LA HORA

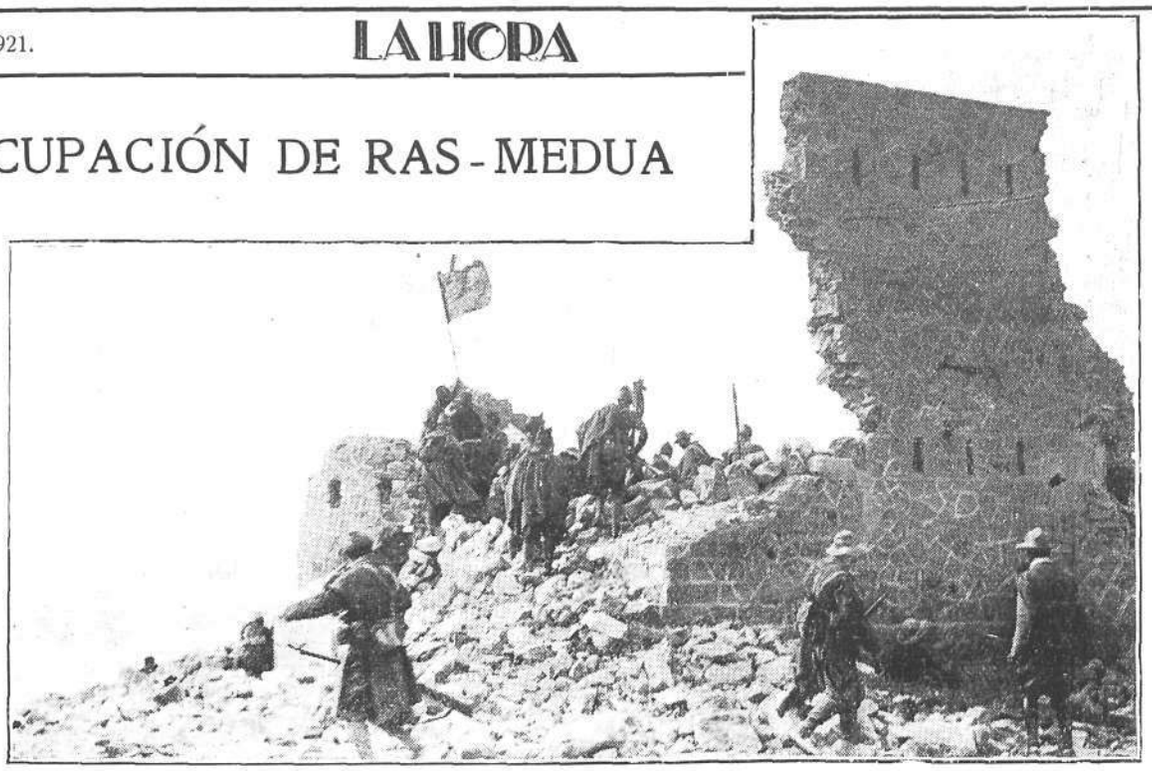
¡36 páginas en colores!

© Biblioteca Nacional de España

LA OCUPACIÓN DE RAS-MEDUA

PARALIZADAS las operaciones en Marruecos a causa de los temporales, apenas si hay novedades gráficas que ofrecer a nuestros lectores. La más interesante es la de la ocupación de Ras-Medua, que nuestros soldaditos tomaron briosa y heroicamente, precedidos por los tigres de la Legión, que desalojaron de sus trincheras al tenaz enemigo cargando sobre él a la bayoneta.

Este avance, de extraordinaria importancia, nos costó, afortunadamente, muy pocas bajas.



Momento de llegar los legionarios a las ruinas del fortín que tuvieron que tomar a la bayoneta.

Y ahora, a esperar la oportunidad que ofrezca el tiempo para que los propósitos del alto comisario sean una realidad. Ello suponiendo que el Gobierno, desde sus poltronas confortables, no determine heroicamente que hay que ir «más allá».

Soldados de la columna del general Cavalcanti avanzando a paso ligero por la meseta.

La ambulancia de Sanidad curando un herido detrás de la línea de fuego.

(Fots. Vidal.)

© Biblioteca Nacional de España

MUJERES

COSMÉTICA

(Arte del embellecimiento exterior del cuerpo humano y de la conservación de su hermosura.)

INTRODUCCIÓN

Ante todo, tengo que agradecer a La Hora la distinción que me hace al encargarme de dirigir esta sección de cosmética que hoy inauguro, y a las distinguidas lectoras, para las que principalmente escribo, debo pedirles toda su benevolencia y expresarles mis gracias anticipadas por la atención que quieran dedicarme.

* * *

El ser y conservarse hermosa es no solamente un natural deseo, sino un deber sagrado de la mujer. Por respeto a sí misma y por respeto a los demás, la mujer no tiene derecho a abandonarse. Y si esto, desde el punto de vista familiar y social pudiera parecer una conveniencia, desde el punto de vista de la raza y de la eugénica es una obligación. Porque la hermosura se superpone a la salud. Dame salud y te daré hermosura. Incrustando bien esta idea en las inteligencias, quizás pueda hacerse más por la salud de la raza que con la vulgarización pura y simple de preceptos higiénicos, porque siempre será más fácil conseguir que se busque la salud por la hermosura que por la salud misma.

Enfocado así el problema de la cosmética, no veo razón para que los médicos sigamos mirando con indiferencia, cuando no con desprecio, estos asuntos del embellecimiento. El desprestigio creado alrededor de la cosmética se debe a que intrusos e indocumentados han asaltado las posiciones que los médicos habían voluntariamente abandonado. El médico, en lugar de repudiarla, debe purificarla y dignificarla con su colaboración.

En el papiro de Eber, descubierto en Lugsor en 1874, se ve que en el antiguo Egipto los médicos cultivaron la cosmética, la practicaron en los vivos y en los muertos y llegaron a perfeccionarse tanto en ella, que muchas de sus fórmulas suenan hoy todavía a completamente modernas.

Los israelitas, iniciados por los egipcios, también la cultivaron, como puede deducirse de algunos pasajes de la *Biblia* y del *Talmud*.

Hipócrates, el padre de la medicina, no se avergonzó de dedicar su atención a la cosmética, y en el libro II de sus *Disertaciones* sobre enfermedades de la mujer da una serie de recetas para embellecer.

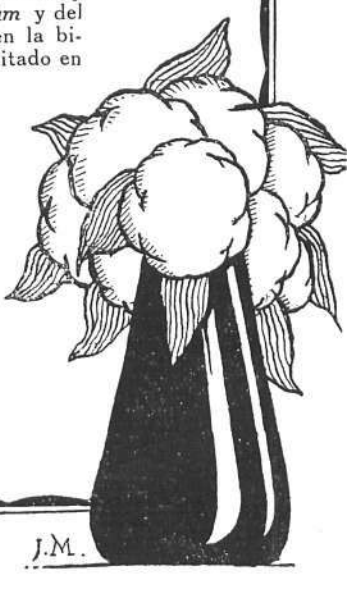
Hasta hubo médicos que se dedicaron sistemáticamente a la cosmética, como Asclepíades, Soran, Arquígenes y Heráclides de Tarento; pero el que más sobresalió fué Crito, autor de una obra de cosmética en cuatro libros.

El mismo galeno se ocupó de la *toilette* del cabello e indicó procedimientos para su tinción y ondulación. Fijó, además, los límites de la cosmética médica, es decir, de la cosmética a la que honradamente se puede dedicar el médico, entendiendo por ella el mantenimiento de la hermosura y el embellecimiento del cuerpo dentro de lo que médicamente puede hacerse, no la ocultación de la fealdad produciendo una apariencia de belleza; la cosmética basada en la salud, no en el *camouflage*.

En la Edad Media se han ocupado de cosmética Enrique de Mondeville y su discípulo Guy de Chauliac, así como Arnaldo de Villanova, autor de las obras *De ornatu mulierum* y del *Tractatus de decoratione*. También es autor de otra obra que tuve el placer de leer en la biblioteca del British Museum, el *Libro de Medicina llamado Tesoro de los pobres*, editado en Sevilla en 1548, en el que encontré algunos interesantes capítulos de dermatoterapia y cosmética. Posteriormente aparecen Bertaldi y Giovanni Marinelli, autor de la obra *Gli ornamenti della donne*. Falopio también se ocupó de la *Decoración*, así como Pierre le Conte, de París, y Fioravanti, de Bolonia; Hieronymus Mercurialis, Louis Guyon, Stephanus, etc., etc.

En el siglo XIX Hufeland y Trommsdorf, y finalmente, Unna, Jessner, Joseph, Riecke, Saalfeld... Médicos todos. Y es que la cosmética es cosa del médico; porque significa higiene general del organismo y particular de aparatos y órganos; significa higiene de la alimentación, del vestido; significa régimen de vida, medicina, cirugía muchas veces... La cosmética combate las proporciones anormales, el desarrollo defectuoso, la herencia morbosa, el progreso de la vejez, etc., etc.

Dr. Julio Bravo.



© Biblioteca Nacional de España

La hora taurina

LA ESENCIA DEL TOREO

JUAN LUIS DE LA ROSA

Fué en una de las corridas del primer abono cuando el nombre de Juan Luis de la Rosa, tras de aquellos primorosos lances de capa, aquellos quites suaves y artísticos y, finalmente, aquellos enormes pases naturales con la *mano izquierda*, quedó esculpido con letras gloriosas en las páginas de la historia del toreo.

Cuando apareció el nombre de este gran artista en los carteles de aquella corrida, que fué la de su consagración, se hicieron infinidad de comentarios nada favorables para el torero.

Aseguraban sus detractores que en Méjico había hecho una mala temporada y que aquí se iba a vestir muy pocas veces de torero. Aseguraban que Juan Luis estaba *rajado*, que no podía ser matador, que tenía mucho miedo y no sabemos cuántas cosas más, que iban tomando cuerpo en el campo de la envidia y mordiendo la fama del artista.

Y llegó Juan Luis a nuestra plaza cuando eran mayores la expectación y las habladurías. En el ambiente del circo se advertía una manifiesta hostilidad contra el chavalillo jerezano, flexible y delicado como una madamita versallesca, que formaba un atroz contraste con la terrible mole del astado que pisó la arena. ¿Qué iría a pasar?

Si aquella tarde vacila Juan Luis, hubiese sido definitivo su fracaso.

Pero no vaciló. Seguro de su arte y de su corazón, porque dentro de la figurita delicada late un corazón de hombre; pálido, pero no con la palidez del miedo, sino con esa palidez de los elegidos, abrió el airoso capotillo a un par de metros de la fiera, y embebiéndola en los vuelos del engaño, acompañando los lances con un suave movimiento del cuerpo, dió una, dos, tres..., seis verónicas con tal temple, tal sabor de artista excepcional y tal bravura, que bastó aquello para borrar prejuicios y pasiones y para colocar el nombre de Juan Luis de la Rosa entre los de mayor esperanza para la fiesta de los toros.

¿Esperanza dijimos? Pues realidad es. Porque Juan Luis de la Rosa, torero cuajado y artista hecho, no tiene nada que aprender ni nada que esperar. Por el contrario, puede enseñar mucho. Y de todo lo que puede enseñar, el toreo al natural es lo primero. Porque (no vacilamos en decirlo) no conocemos ningún diestro que toree de muleta con la mano izquierda como Juan Luis. Ni con su temple, ni con su dominio, ni llevando al toro tan toreado, ni rematando el pase con su elegancia y con su bravura, quedándose preparado siempre para vaciar a su enemigo con el peligroso, pero artístico y emocionante pase de pecho.

Cerca está la próxima temporada, y en ella — puede vaticinarse sin ningún riesgo — se consagrará definitivamente este artista, a pesar de los murmuradores y de los aguafiestas, cornejas del fracaso.

© Biblioteca Nacional de España

Lo que le pasó a la "Cele" con los productos "Pelele"

I

Celedonia Villarcayo, conocida por la Cele *en el Ideal Rum-Rum, era una muchacha más bonita que un amanecer en Río Janeiro. Un buen día le dijo su novio Manolo que si usara los productos «Pelele» aumentaría su belleza...*

II

...Y Cele *se rebozó materialmente, a pesar de notar un picorcillo, como si se espolvorease con mostaza inglesa.*

III

—¡Aprensión mía! — se dijo Cele Villarcayo. *Y echando mano de un dentífrico «Pelele», se cepilló los diminutos dientecillos con verdadera saña, advirtiendo que al rebosar el líquido se le iban agrietando los dedos...*

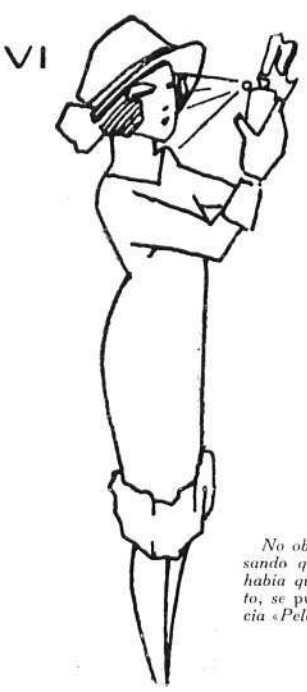
IV

—Esto se quita lavándome con jabón «Pelele» — pensó. Y tirando de pastilla, se friccionó hasta agotarla, viendo que aquellas manos, que con lirios las comparaban sus adoradores, adquirían un precioso tono pardo de calamar en celo.

V

— ¿Será mi vista? — Y por si era su vista, se dió unos toques en los párpados con la maravillosa pintura «Pelele», notando ipso facto que se le ofrecía un negro porvenir.

VI



No obstante, Cele, *pensando que para ser bella había que sufrir un poquito, se pulverizó con esencia «Pelele», y...*

VII

...¡nunca lo hubiera hecho! Sintió una comezón extraña, sintió unos dolores más agudos que un autor cómico..., y sintió haber usado los productos «Pelele». Rápidamente se metió la Cele *en el baño, volcando en el agua varios frascos de agua de Colonia... Mas, ¡ay!, que la tal Colonia era también «Pelele»...*

¡Y para «pelele», la pobre muchacha, por haber hecho caso de Manolo, su mal-intencionado consejero!

¡Y hoy gime la pobre Cele *que gritará hasta en el Polo que los productos «Pelele» son peores que el vitriolo!*

VIII

© Biblioteca Nacional de España

Minutos

¿A que no saben ustedes cómo terminan todos los debates en el Congreso? Pues, así: «Se levanta la sesión...»

Para los que viven de noche, el día es es cosa despreciable, y no saben que todo lo que se hace por la noche se puede hacer por el día. Es decir, una sola cosa se hace de noche que no es posible hacerla de día: trasnochar.

—¡Ay, mamá, cómo me mira ese caballero!

—¡Le habrás flechado!

—¡Se acerca!

—¡Ustedes perdonen! Traigo un encargo de la señora de Martínez.

—¿Usted se llama Clodomiro?

—Servidor. Clodomiro Landrú... ¡Oigan..., esperen!... ¿Dónde van tan de prisa?...

Consejos para evitar el tifus:

Aire, alimentación, agua hervida y... no vayan ustedes a Apolo...

Allá va esta exaltación poética y este consejo a un comediante:

Si quieres ser feliz,
como me dices,
no enamores, galán,
a las actrices...

Estamos en el mes de los pavos, del turrón y de los besugos.

Los pavos, los «niños bien»; el turrón, el que se comen algunos políticos; y los besugos..., la mayoría.

El día 2 de enero de 1922 aparecerá

LA HORA

diario gráfico independiente.

CADA OCHO DÍAS

DIÁLOGO DE LA SEMANA

Supongo que hervirá usted el agua?

—¿Cómo dice?

—Que estará usted enterado de la horrible epidemia de tifus.

—¡No sé nada!

—¡Pero si se mueren a racimos.

—¿Quiénes?

—¡Vamos, hay que ver! ¡Cómo está usted!

—Bien; ¿y usted?

—¡En mi casa hay seis casos de tifus!

—¡Vaya, pues que usted se alivie!

—¡Espere, hombre! ¡Que yo todavía no poseo el microbio!

—¡Le aseguro a usted que no sabía nada de esto!

—¡Una tontería! Pregúntele, pregúntele a Chicote.

—¡Ah! ¿Pero también lo saben en el Cómico?

—¡No diga usted tonterías! Yo me refiero al director del Laboratorio Municipal... Todos los días analizan escrupulosamente las aguas y encuentran verdaderas familias microbianas.

—¡Qué atrocidad! ¿Y qué se ha inventado contra el tifus?

—Pues, higiene, alimentos sanos, agua hervida, aire... Donde está el verdadero foco de la infección es en el agua... ¡Ahí está el foco!

—¡Hay que ver!

—¡Sí, señor, ahí está el foco!

—¡Me ha llenado usted de preocupaciones!

—¡Mientras no le llenen de microbios!...

—¿De manera que dice usted que en el agua?...

—Sí, señor.

—Pero en el agua de Colonia, no, ¿verdad?

—¡Qué le perfumen a usted!

—Mire usted. Yo soy fatalista, como los árabes, y creo que lo que tiene que suceder..., sucede.

—¡Muy bien! Pero si a usted le dicen que no beba agua..., usted, ¿qué hace?

—¡Morirme de sed!

—¡No hay manera de que tome usted las cosas en serio!

—Pero, ¡venga usted acá, Manzanillo!... Dicen los médicos: alimentación sana. ¡Bueno! ¡A ver, diez mil duros para alimentos! Aire. ¡Una casa en la Gran Vía, higiene, baños, agua, termosifón!... Ya sabe usted que no hay enfermedades: lo que hay son enfermos y poco dinero.

—El tifus no razona. ¡Se morirá usted!

—Pues, cuando llegue mi última hora, me acordaré de usted.

—¡Muchas gracias!

—Adiós; no, la mano, no. Adiós nada más.

—¿Tiene usted miedo al contagio?... ¿Pero no decía usted?...

—¡Por si acaso!...¡Vaya, adiós! ¡Qué le hiervan a usted el agua! — Fra-Diávolo.

ESCENAS

La otra noche llegó a la Contaduría de un teatro el señor..., bueno, un señor. ¡Está muy feo señalar!

Antes de su llegada había anunciado al empresario que leería *una cosita* en cuatro actos. El empresario, hombre de humor, se puso de acuerdo con los amigos, con la piadosa intención de divertirse a costa de las ilusiones de un pobre hombre. Y así fué. El presunto autor empezó a leer:

—Acto primero. Un bosque frondoso. En primer término, un nogal; en el segundo, un pino, y en el tercero, un castaño.

—¿Lo quiere usted de Indias, o simplemente asturiano?

El autor, algo *mosca*, continuó la lectura:

—Es de noche. No se ve nada. Silba el viento.

Nueva interrupción...

—¿Lo quiere usted huracanado, o ligeramente de brisa?

Y, claro está, el autor se guardó las cuartillas.

—¡Vaya, buenas noches!

El pobre hombre al salir tropezó con una silla, tiró un bastón, se metió el cigarro por la lumbre, y lo más sangriento: se dejaba sobre la mesa el acto tercero.

Hay una tiple en un teatro del género chico que tiene debilidad por los violines. Por los violines, no; por el arco; es decir, tampoco... Por lo que sujeta el arco. ¿Por el cable? Eso es, por el cable.

En cuanto sale a escena la dama, mira tiernamente al «concertino», y no es extraño que pierdan el compás los dos.

Una noche, la tiple, más audaz y más decidida que en otras ocasiones, le tiró una flor al músico, y su compañero de fatigas... y de atril, le dijo:

—¿Te han echado una flor?

—¡Buen hombre que es uno!

—No; si es una flor auténtica.

—¿Quién?

—¡La tiple!

—¡Pues ya verás en cuanto salga!

Salió la mujer, y el músico le tiró un pedazo de resina.

El público se dió cuenta y protestó, y entonces a la tiple se le ocurrió una frase feliz, que conjuró el conflicto. Se adelantó a la batería con el pedazo de resina, y muy sonriente, dijo:

—¡Nada, señores! ¡Está *resinado!*

Una ovación... y una multa al músico.

Confeccionador: F. Ramos de Castro.

© Biblioteca Nacional de España

HOMENAJE A LA REINA D.ª VICTORIA

Su Majestad la Reina D.ª Victoria, con la familia real, el ministro de la Guerra y la representación de la Cruz Roja que hizo entrega a la Soberana de la placa de Honor y Mérito que han costeado todas las damas de dicha Institución benéfica.

(Fot. Vidal.)

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

© Biblioteca Nacional de España

PROXIMAMENTE

podrán admirar las señoras la interesante exposición que la

CASA GRACIA

está instalando en sus magníficos salones de

GRAN VÍA, 18, 1.º IZQUIERDA

Pieles ✐ Joyería ✐ Calzados ✐ Sombreros
Corsés ✐ Confecciones ✐ Perfumería

Siempre las últimas novedades en estos artículos

Precios de suscripción

		Pesetas.
Madrid...	Un trimestre.....	4
	Un semestre.....	7,50
	Un año.....	12
Provincias.	Un trimestre.....	4,50
	Un semestre.....	8,50
	Un año.....	14
Extranjero.	Un trimestre.....	5
	Un semestre.....	9
	Un año.....	15

© Biblioteca Nacional de España

El día 2 de enero de 1922

aparecerá el diario gráfico de la noche

LA HORA

Ocho grandes páginas con fotografías y caricaturas de actualidad

Redacción y colaboración de notabilísimos periodistas ❧ Completa información de provincias y del extranjero

DIEZ CÉNTIMOS

© Biblioteca Nacional de España